DESDE 8 AÑOS

Siri y Mateo

Andrea Maturana

Ilustraciones de Verónica Grech

Siri y Mateo se quieren mucho, como todos los hermanos. Pero también se pelean... como todos los hermanos.

La verdad, es que hay ocasiones en que se llevan como un perro y un gato; es como si fuera otra parte de su personalidad, algo difícil de entender para los adultos. Y si los niños intentaran explicarlo nadie se los creería.

ALFAGUARA
INFANTIL

9 789562 394758

ALFAGUARA INFANTIL

Siri y Mateo

Andrea Maturana

Ilustraciones de Verónica Grech

ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA

© 2006, ANDREA MATURANA
© De las ilustraciones:
2006, VERÓNICA GONZÁLEZ GRECH, «VERÓNICA GRECH»

© De esta edición:
Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
  Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
  Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
  Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
  Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
  Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
  C/ Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos pane Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
  Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
  y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

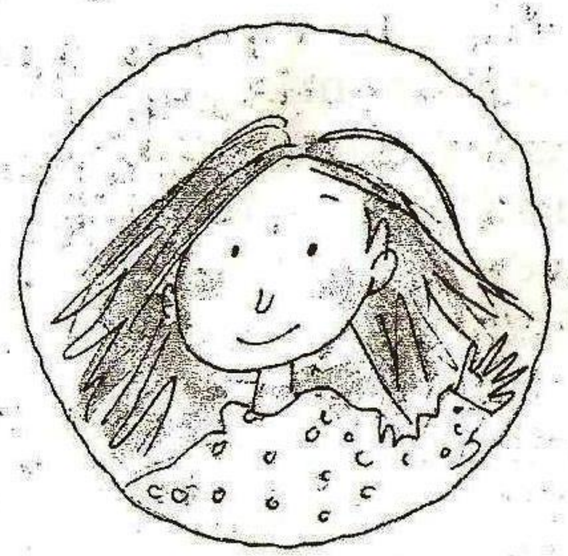
ISBN: 956-239-475-1
Inscripción Nº 158.175
Impreso en China/Printed in China
Primera edición en Chile: octubre de 2006
Segunda edición en Chile: junio de 2008

Diseño de la colección:
Manuel Estrada

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Siri y Mateo

Andrea Maturana
Ilustraciones de Verónica Grech



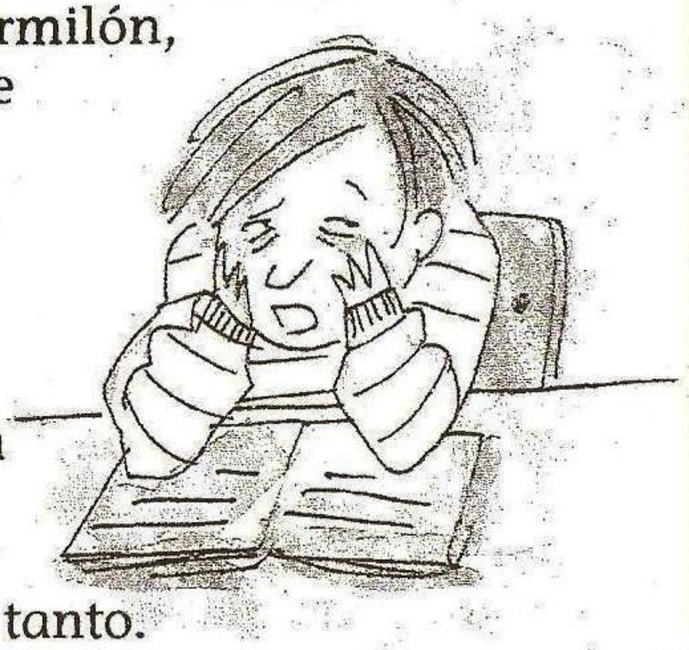
Siri y Mateo eran dos niños aparentemente normales. *Aparentemente*. Debajo de sus caritas dulces y las esperables peleas de hermanos de vez en cuando, sucedían cosas que los adultos no podían explicarse.

Siri, la menor, era una niña demasiado inquieta. Tanto, que sus padres estaban francamente preocupados. Cuando había que sentarse, Siri estaba en todas partes, corriendo de un lugar a otro, desordenándolo todo. Cuando había que estar acá, Siri estaba allá. Cuando había que poner

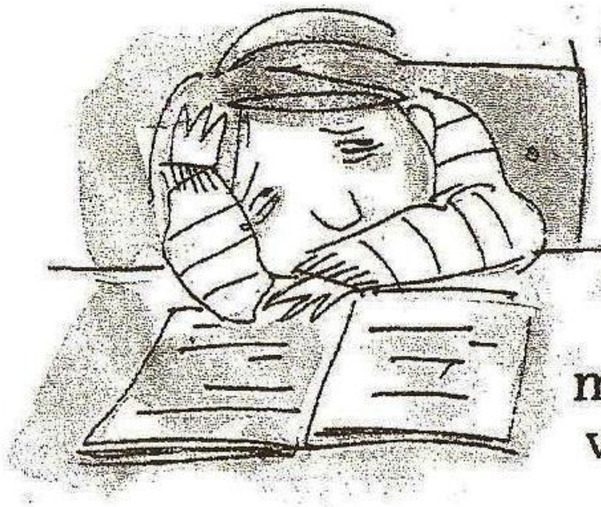
atención, Siri miraba nerviosa para todos lados, como si un tigre estuviera acechando detrás de los muebles para pillarla desprevenida y saltarle encima.

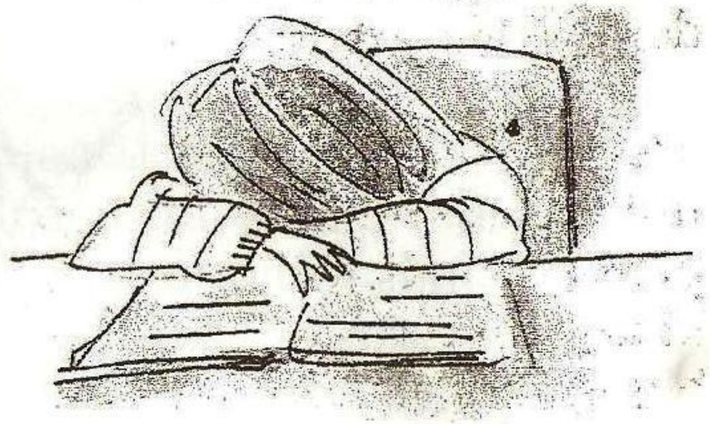
Como sólo faltaba un año para que Siri comenzara a ir al colegio, sus padres tenían miedo de que no pudiera estarse quieta en una silla, que sin duda iba a ser lo que los profesores le pedirían. Ya no serían tan comprensivos como en su jardín infantil.

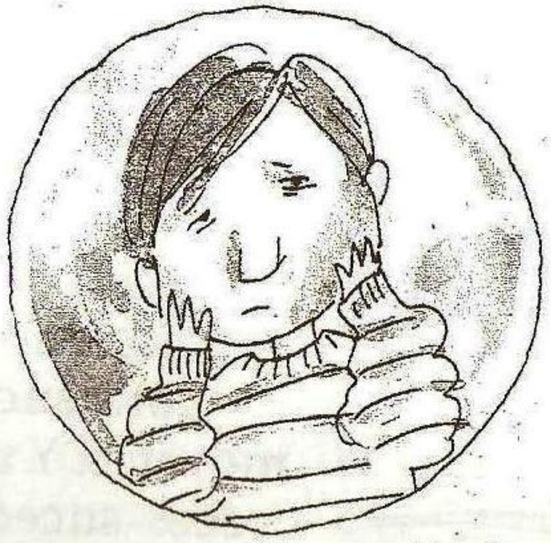
Mateo era todo lo contrario. Era un niño dormilón, parecía siempre cansado, no le gustaba hacer deporte... cosas que podrían parecer más adecuadas para los requisitos de un colegio, pero no lo eran tanto.



Mateo también preocupaba a sus padres (bueno, los padres se preocupan por todo a veces), porque si bien era cierto que podía permanecer sentado y tranquilo, generalmente lo hacía *demasiado* rato; tanto así, que cuando había que salir a recreo costaba una enormidad convencerlo de moverse. Y muchas veces sucedió que cuando le tocaba responder alguna pregunta, recién entonces los profesores y los compañeros se daban cuenta de que Mateo estaba profundamente dormido, y probablemente hacía mucho rato ya.

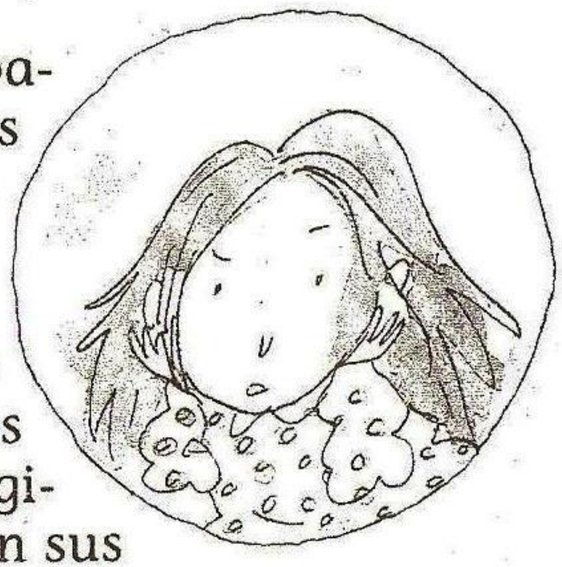






Lo que los adultos no sabían era que existía una razón para que Siri y Mateo fueran así.

Sucede que todos los niños son dos:



Cuando sus padres los miran, los niños son eso: simplemente niños. Más altos o más bajos, más rubios o más morenos, más tranquilos o más agitados, cada uno con sus particularidades personales, pero niños al fin, como tantos otros.

Cuando los padres no los miran, los niños pueden ser muchas cosas distintas: tigres, superhéroes, princesas, elefantes, dinosaurios, viajeros espacia-

les... una lista interminable de personajes, tan larga como niños hay en el mundo.

Y por mala suerte, coincidencia, o porque son cosas que pasan, en el caso de estos dos hermanos, su otra identidad les causaba muchos problemas. Cuando los adultos ya no podían verlos (generalmente en las noches), ambos se convertían en ese «otro», lo que no habría sido tan complicado si Siri no hubiese sido una gata y Mateo precisamente... un perro. Entonces, por su naturaleza, Mateo perseguía a Siri para tratar de agarrarla y Siri intentaba escapar a toda costa. Eso sólo si estaban juntos. Cuando estaban separados, Mateo jugaba a atrapar las moscas, rompía las plantas y enterraba todo lo que encontraba. Siri, en cambio, dormía, se lavaba la cara con las patas y correteaba a los pequeños bichitos que encontraba en el jardín.

Como consecuencia de esto, durante el día Mateo estaba tan cansado de perseguir a Siri que quería dormir todo el tiempo. Y Siri también estaba cansada de correr, pero además acele-

radísima, porque ella corría para salvar su vida, y eso la convertía en una niña tremendamente nerviosa.

No es común que entre hermanos haya personalidades tan opuestas. Puede que uno sea un rey y el otro un ave; o uno un superhéroe y el otro un astronauta; o una princesa y un águila... pero como en el mundo hay de todo, algunas veces se dan coincidencias como ésta.

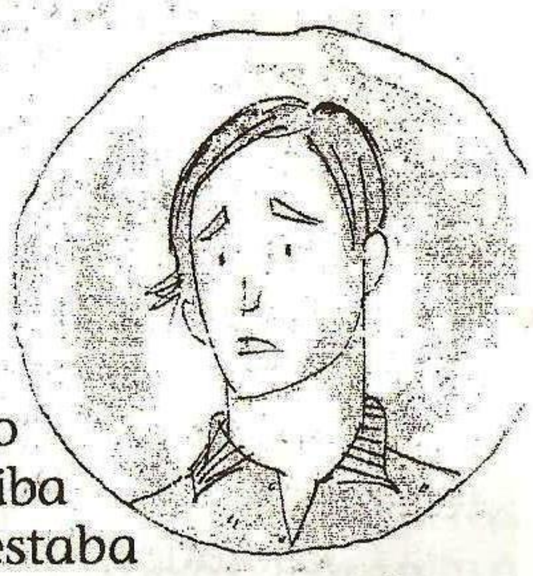
Los padres de Siri y Mateo ya lo habían probado todo. Algunos médicos insistían en que era necesario darles a los niños todo tipo de remedios que, respectivamente, los calmarían o les darían energías, pero sus padres no querían medicarlos.

Consultaron a un adivino que no supo qué decirles: en su bola de cristal aparecían un perro y un gato, pero como en su casa no había ni lo uno ni lo otro (salvo ellos dos, pero los padres no lo sabían), el adivino no logró descifrar el mensaje.

Luego consultaron a un doctor que no recetaba remedios, sino todo tipo de gotitas y pastillas dulces, pero eran tantas, tantas veces al día, que no lograron que los niños se las tomaran como se debía.

Y no olvidemos que en la casa pasaban cosas aparentemente extrañas: las plantas amanecían rotas y nadie sabía quién las rompía, la colección de bolitas de cristal de la mamá aparecía regada por todas partes y los juguetes se perdían en el patio como por arte de magia (enterrados por Mateo, claro está).

Mateo y Siri lamentaban mucho todos los problemas que su otra identidad les causaba a sus padres, pero no encontraban forma de solucionarlo. Hasta pensaron en contarles la verdad, pero sabían perfectamente que hay ciertas cosas que los adultos son incapaces de creer y que, justamente por eso, las miradas de los papás vuelven niños a los niños. Y esto es definitivo: un niño *no puede* dejar de ser niño cuando un adulto lo mira, de modo que no podrían demostrarles que también eran un perro y una gata.



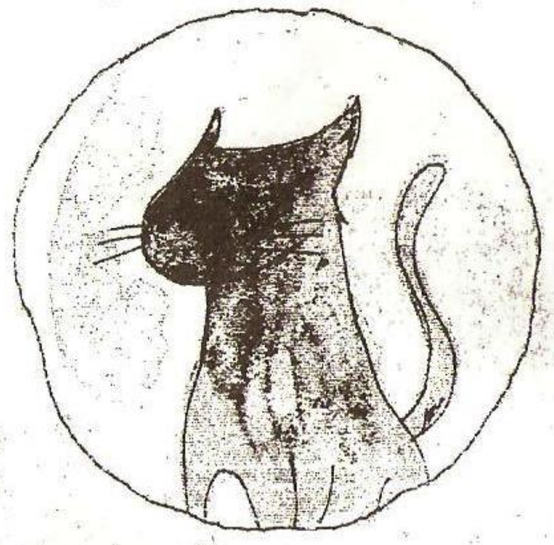
Así, el tiempo pasaba y la situación iba de mal en peor. Siri estaba cada vez más inquieta y las tías de su jardín infantil reclamaban todo el tiempo: citaban a los padres a reuniones, enviaban comunicaciones por escrito, llamaban por teléfono y parecía imposible que pudieran convertirla en alguien tratable.

Del colegio pedían que llevaran a Mateo al neurólogo, para que le hicieran un examen al cerebro y vieran si había algo anormal que lo hacía dormir cuando tenía que estar despierto.

Hasta que pasó algo inesperado.

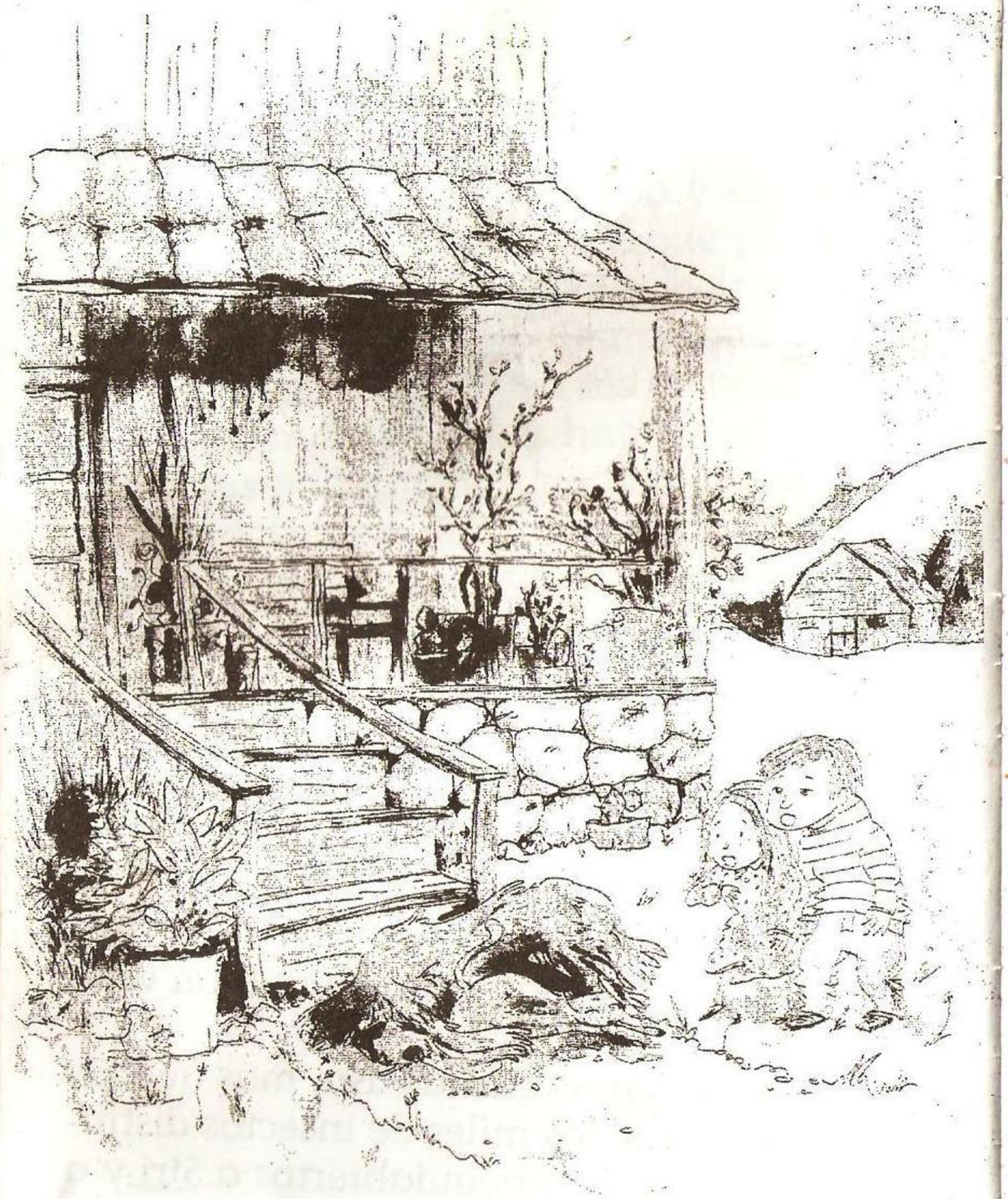
El año escolar terminó y sus padres temblaban pensandc que pronto tendrían que llevar a Siri al colegio y tendrían el doble de problemas que sólo con Mateo, quien, dicho sea de paso, ya estaba condicional. Les habían advertido a sus padres que si no podía mantenerse despierto durante las clases, no habría otra alternativa que expulsarlo. Y que era improbable que con esos antecedentes lo aceptaran en otro colegio.

Agotados, sus padres organizaron unas vacaciones en el campo, en la casa de la tía Antonieta. Intuían que tal vez ella podría ayudar a los niños, aunque no tenían idea cómo.



La casa de la tía Antonieta era antigua, con una tina de baño con patas de león y muchos dormitorios conectados unos con otros, como un largo tren. Estaba ubicada hacia las montañas, en un lugar muy verde y lleno de animales: los que tenían como ganado y otros más pequeños, de campo, que Siri y Mateo nunca habían visto antes.

Pero más que la casa, más que las vacas y que los miles de insectos distintos, lo que dejó boquiabiertos a Siri y a Mateo fueron las mascotas de la tía Antonieta. Choclo y Codorniz eran un perro y una gata que, al llegar los veraneantes, dormían acurrucados uno con la otra en la puerta de entrada. Choclo estaba hecho un ovillo, como hacen los perros cuando no hace demasiado calor,



y en el centro del ovillo dormía Codorniz como si Choclo fuera una gran almohada. Quedaba clarísimo que eran los mejores amigos del mundo.

Mientras sus padres saludaban afectuosamente a la tía Antonieta, los

niños contemplaban el espectáculo con los ojos como dos huevos fritos.

—Niños —dijo entonces mamá—. Vengan a saludar a la tía Antonieta, que no los ve desde que eran muy pequeños.

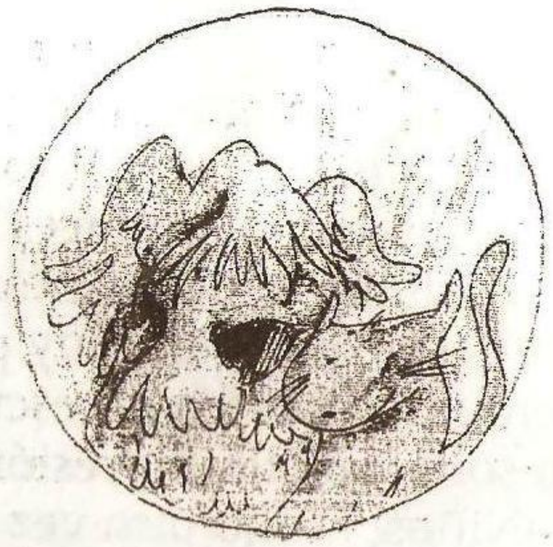
Pero Siri y Mateo no escuchaban. Estaban sordos de la impresión.

—¡Niños! —dijo otra vez mamá—. ¡No sean maleducados!

Recién entonces los niños escucharon algo, pero no el grito de mamá, sino un susurro muy leve, como a miles de kilómetros, diciéndoles que había que saludar a la tía Antonieta. No alcanzaron a reaccionar.

—Déjalos —dijo entonces la tía—. Después los saludo. Parece que ahora tienen algo importante que hacer.

Mamá frunció el ceño, pero a los niños les pasó todo lo contrario. Como si alguien hubiera puesto agua tibia en sus tripas, sintieron que la tía Antonieta era distinta. Que la tía los entendía. Siri y Mateo se miraron, Mateo le hizo un guiño a su hermana y los ojos de Siri se iluminaron como se iluminan los de un gato cuando divisa una mariposa que puede cazar.



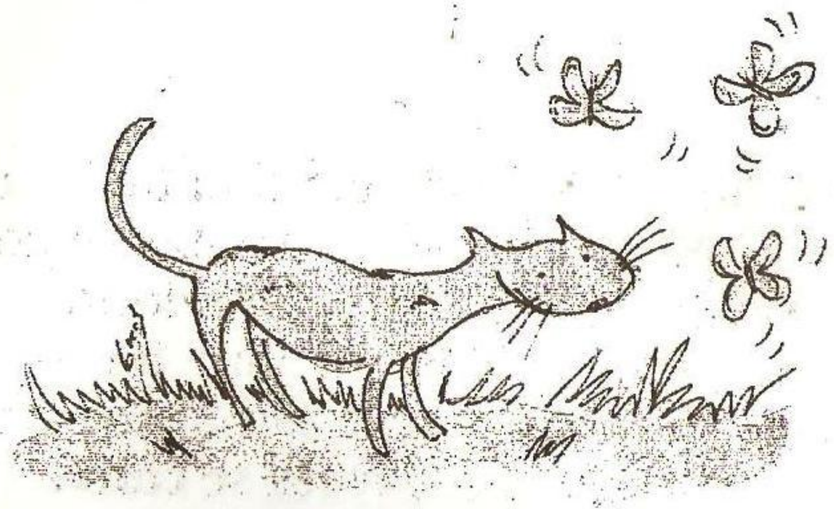
Las cosas cambiaron un poco en la casa de la tía Antonieta por el simple hecho de que ambos querían dormir cerca de sus padres y el único modo de hacer eso (recuerden que la casa era como un tren) era poner a Mateo en una pieza, luego en la pieza siguiente a los padres y en la otra a Siri. De modo que para que Mateo pudiera encontrarse con Siri en la noche, obligatoriamente tendría que pasar por el cuarto de sus padres o salir a un pasillo frío y oscuro que hasta siendo perro le daba un poco de miedo. Así que las noches eran bastante plácidas y en consecuencia los días eran mucho más normales: ambos niños dormían bien y sus energías se regulaban perfectamente.

Mateo iba entusiasmado a paseos con sus padres y Siri permanecía quieta

mucho rato, ayudando a la tía a amasar el pan. O al revés: Siri iba de paseo y Mateo se quedaba ayudando, sin quedarse dormido encima de lo que estaba haciendo. Eran dos niños comunes y corrientes. A veces se convertían en el día, pero por ratos cortos, y eso no los cansaba tanto. Luego, siempre llegaba algún adulto que los volvía a su forma humana.

Sus padres respiraban aliviados pensando que las vacaciones habían sido la solución.

Mientras todo esto sucedía, la tía Antonieta los observaba. Se daba cuenta de que había algo más allá de lo que los padres notaban. Por ejemplo, cada vez que podían, los niños se quedaban mirando a Choclo y a Codorniz. Los observaban pasear juntos, cazar ratones juntos, dormir juntos, comer juntos y hasta vieron como uno de ellos se inquietaba profundamente si el otro no



estaba. También era verdad que a veces Choclo perseguía a Codorniz, pero claramente era un juego, y cuando Codorniz se cansaba, simplemente se dejaba atrapar y, en vez de destrozarla, Choclo se acercaba corriendo a lamerla.

—¿Cómo es que Choclo y Codorniz son tan amigos? —preguntó un día Mateo a la tía Antonieta.

—Es una larga historia —contestó la tía, tanteando si de verdad los niños querían conocerla.

—Queremos saberla —dijo Siri.

La tía los miró. Estaban concentradísimos, mirándola fijamente. Entonces siguió amasando el pan y comenzó a contar:

Cuando Codorniz nació, hubo una ola de frío en esta zona. Su madre era una gata salvaje, que no se dejaba tomar, y no logré entrarla a la casa. De modo que una noche la gata y sus

cachorros murieron de frío. Sin embargo, Codorniz era distinta, y ella misma entró a la casa esa noche. Aparentemente lo más calientito que vio fue la perra, que también había parido a sus cachorros hacía poco y estaba echada con ellos junto al fuego. En la mañana, cuando me levanté, entre los cuatro cachorros de la perra estaba Codorniz, tomando leche como un perro más. Los animales son así. Muchas veces adoptan las crías de otro, y Codorniz creció junto a Choclo. De modo que son hermanos, y por eso son tan amigos...

Cuando la tía Antonieta terminó su historia, miró de reojo a los niños. Nunca había visto a dos niños tan quietos. Tan boquiabiertos. Tan impresionados. Sonrió para sus adentros. Ya creía saber por dónde iba el problema y también creía poder ayudar, pero no podría hacerlo hasta que los mismos niños le confesaran qué pasaba. Eso Antonieta lo sabía muy bien: sólo podría ayudarlos cuando ellos se lo permitieran. Y ella tenía paciencia.

La tía siguió amasando el pan.

Siri y Mateo tardaron largo rato en cerrar la boca y volver a la realidad. La historia los había hecho reflexionar y hacerse muchas preguntas. Y entonces habló Siri:

—Pero Mateo y yo también somos hermanos... —dijo, y luego calló, algo

arrepentida por la mirada de advertencia de Mateo.

—¿Y qué tiene eso que ver? —dijo Antonieta—. Ustedes son niños, no animales. ¿O me equivoco? Además, ustedes se llevan bien, casi no pelean...

Entonces los miró, y los niños vieron en los ojos de la tía algo extraño. Una luz que nunca antes habían visto en los ojos de un adulto. Y los dos, en ese segundo, estuvieron seguros de que la tía Antonieta sería la solución, sólo que como no lo habían conversado entre ellos, ninguno se atrevió a decirlo.

Siri simplemente bajó la cabeza sin decir nada.

—Claro, es verdad —dijo Mateo, nervioso—. Es que Siri es chica. Quién sabe qué quiso decir. Gracias por la historia, tía. Es fantástica. No sabía que los animales podían adoptar a crías de otra especie. Los animales son fabulosos.

—Eso sí es verdad —dijo la tía.

Y siguió amasando su pan como si nada, pero algo había cambiado entre ellos, y todos lo habían sentido.

Un día, los padres de los niños partieron de compras al pueblo y ellos se quedaron a cargo de la tía.

Si bien los niños estaban durmiendo mucho mejor, seguían siendo un perro y una gata, de modo que cuando se quedaban solos volvían a empezar las persecuciones.

Aquel día estaban en el patio. Mateo perseguía a su hermana a toda velocidad y ella corría hasta que se trepaba a un árbol. Ahí arriba descansaba, segura de que Mateo no podría alcanzarla. A ratos jugaban también con Choclo y Codorniz, pero cuando éstos se agotaban y se iban a dormir juntos, los niños seguían corriendo sin hacer ninguna pausa.

Llevaban en esto bastante rato, cuando Mateo miró hacia la casa y vio

a Antonieta sentada en el banco de la terraza, observándolos. En un principio esto no le pareció extraño en absoluto, pero luego cayó en cuenta de que la tía Antonieta era un adulto, y que era *imposible* que los estuviera viendo y ellos siguieran siendo perro y gata. Entonces se quedó quieto y miró a Siri, que no lo había notado. Le ladró para que se fijara en el banco de la terraza, hasta que ella miró hacia allá. Siri también tardó un momento en sacar conclusiones, pero

luego maulló impresionada, y ambos se quedaron quietos viendo como la tía Antonieta se les acercaba y ellos seguían siendo un perro y una gata ante su mirada divertida.

Pronto, Antonieta estuvo junto a ellos. Siri seguía en el árbol y Mateo se había sentado.

—Hola —les dijo Antonieta.

—Guau y miau —dijeron respectivamente los niños, sin poder creerlo.

La tía se acercó al árbol y, como una dueña que ayuda a su gata a bajarse cuando ésta no puede, alargó los brazos para que Siri pudiera descender.

—Ahora vamos a ir a la casa —dijo la tía— a conversar un poco.

Los niños le tenían algo de desconfianza a las *conversaciones* con los adultos, porque la mayor parte de las veces eran para llamarles la atención por algo, pero nada en la voz de su tía indicaba que estuviera enojada, de modo que, Siri en sus brazos y Mateo caminando a su lado, la siguieron sin chistar.

En la cocina, la tía los sentó y les sirvió chocolate caliente y galletitas.

—Ahora necesito que sean niños —les dijo— porque tenemos que hablar.

Y los niños fueron rápidamente niños.

—¿Cómo hiciste eso? —dijo Siri.

—Pues ésa es una de las cosas que tenemos que conversar.

—No entiendo —dijo Mateo—. Tú ya eres grande, pero te acercaste a nosotros y nada cambió. Y, más encima, ahora nos dices que seamos niños y somos niños como por arte de magia.

—Por ahí va la cosa —dijo la tía.

Los niños no entendían nada y se atoraron con la galleta, lo que provocó una estruendosa risa de la tía, pero una risa distinta, que les puso los pelos de punta.

—Oh, perdón —dijo la tía, tapándose la boca con un gesto avergonzado.

Los niños otra vez la miraban estupefactos.

—Está bien. Les voy a explicar. Hay algo que ustedes no saben. Es cierto que los niños no pueden seguir siendo ese otro frente a los adultos, pero hay algunos adultos, muy pocos, que conser-

van para siempre algo de niños. Ellos no sólo pueden ver la otra identidad de los niños, sino que además conservan la que tenían cuando pequeños, y pueden cambiar de una a otra cada vez que quieren, aunque lo estén mirando. Y... bueno —dijo al fin—, ya se habrán imaginado que yo soy uno de ellos.

—Yo no quiero dejar de ser perro cuando crezca —dijo Mateo.

—Ni yo gata —dijo Siri—. ¿Cómo se hace para ser como tú?

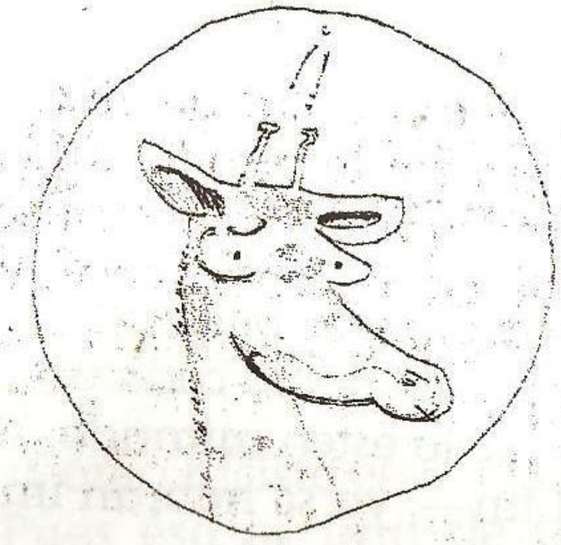
—Eso no depende de ustedes —dijo la tía—, sino del curso que toma la vida. Lo único que puedo decirles es que confíen en que, suceda lo que suceda, va a ser para mejor, y que estarán bien, tanto si conservan su otra identidad como si al crecer les toca olvidarla.

Los niños suspiraron algo tristes, pero confiaban en ella. Y luego recordaron lo anterior y le hicieron la pregunta lógica.

—¿Y qué eres cuando no eres la tía Antonieta?

La tía los miró fijamente y respondió algo que los dejó helados.

—Una bruja —dijo.



Después de conversar un rato y de que la tía les explicara una y otra vez que no necesariamente los iba a convertir en sapos (aunque le gustaría, bromeaba), a los niños les quedó claro que podía ayudarlos.

—Ahora lo que hay que hacer —dijo la tía— es encontrar el conjuro adecuado. La idea es que logren pasar tranquilos la noche, para que en el día puedan comportarse como dos niños comunes y corrientes, pero sigan disfrutando de ser perro y gata cuando estén solos.

—Podrías convertirnos en otra cosa —dijo Siri, emocionada—. Como en una jirafa y un elefante.

—Vámonos con calma —dijo la tía—. Una jirafa y un elefante destruirían toda la casa de sus papás cuando

no estuvieran mirando. Son demasiado grandes. Además, piensen un poco: ustedes siempre han sido perro y gata. ¿De verdad querrían ser otra cosa?

—¡No! —gritaron los niños al unísono.

Ambos querían a sus otras identidades.

—Entonces —dijo Mateo— podrías hacer que nuestros papás pudieran vernos y entender lo que nos pasa, convertirlos a ellos también en algún animal entretenido y convertir a todas las profesoras en personas comprensivas y pacientes.

La tía negó con la cabeza.

—Niños —dijo—, yo no soy un hada que puede concederles tres deseos románticos, ¿se acuerdan? Soy una bruja. Las brujas hacemos cosas aparentemente malas. Tenemos que pensar en algo que parezca malo, pero que pueda tener buenos efectos sobre ustedes y solucionar su problema.

La cosa no era tan fácil como parecía.

Los tres pensaron mucho rato, hasta que la tía tuvo una idea.

—Ya sé —dijo—. Nombremos características que habitualmente son malas, y algo saldrá de ahí.

Y empezaron los tres: flojo, feo, tonto, feroz, cobarde, desconfiado, cojo, inseguro, ratón (esto lo dijo Siri), lento, enfermo... una larga lista de cosas que, en la mayoría de los contextos, son consideradas malas. La tía iba anotando todas las ideas en un papel.

Después, los tres se concentraron en pensar cuáles de esas características podrían ayudarlos. Como Siri no sabía leer, tuvieron que leerle la lista no se sabe cuántas veces.

—Yo creo que Mateo debería ser cojo —dijo Siri—. Así nunca me va a alcanzar.

—Eso es injusto —dijo Mateo— porque yo sería un perro enfermo y tú una gata igual que siempre.

—Tiene razón —dijo la tía.

—Yo creo que Siri debería ser un ratón —dijo Mateo, picado—. Así no me interesaría perseguirla.

—¿Estás loco? —dijo Siri al borde del llanto—. Los ratones son asquerosos. Además, ya dijimos que queremos seguir siendo perro y gata.

—Entonces, ¿por qué dijiste ratón para la lista? —dijo Mateo.

—Porque son asquerosos.

Y ya se iban a poner a pelear cuando la tía los detuvo.

—Lo tengo —dijo—. Tengo la solución. Creo que lo más justo es que les haga un conjuro a los dos, para que no salga desfavorecido uno solo.

Los niños asintieron, aunque un poco asustados.

—Creo que Mateo debería ser un perro flojo y Siri una gata feroz. Así a Mateo no le darán ganas de perseguirla, tanto por flojera como por su aspecto.

—Pero no es justo —dijo Mateo—. Ser una gata feroz es espectacular, y ser

un perro flojo es tremendamente aburrido.

—Espera —dijo la tía—. Estás pensando como Mateo, no como perro. Ahora sean perro y gata.

Y los niños fueron perro y gata. Y claro, siendo perro, a Mateo le pareció que ser flojo era delicioso: tardes enteras junto al fuego, dormir al sol, jugar con pelotas lentamente... A Siri, ser una gata feroz le parecía buenísimo: cazar más bichitos, perseguir más pájaros, asustar al perro del vecino...

Cuando volvieron a ser niños, estaba decidido. Dudaron si no sería mejor que Mateo fuera un perro chico y Siri una gata grande, pero les pareció que era mucho más humillante ser perro chico y mucho menos práctico ser gata grande porque sería menos ágil.

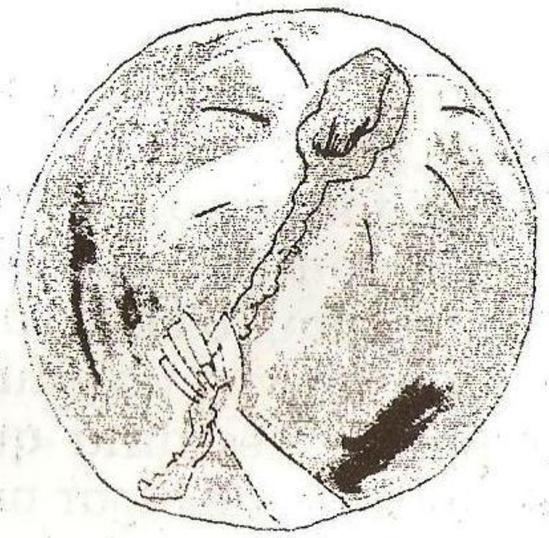
Ahora sólo quedaba planear el conjuro, pero los niños y la tía Antonieta ya eran cómplices y amigos, y estaban impacientes de verla trabajando como bruja, así que quedaron de acuerdo en que sería al otro día, de noche, cuando sus padres estuvieran durmiendo.

El siguiente día fue el más largo de sus vidas. Estaban tan impacientes de presenciar lo que sucedería cuando Antonieta se convirtiera en bruja, que eran incapaces de poner atención a lo que hacían.

Siri le dio una patada sin querer al balde debajo de la vaca y se perdió toda la leche de la ordeña. Mateo se tropezó con un gran tronco que cualquiera hubiera visto y se torció una mano. Los dos se quemaron con la sopa porque no podían dejar de mirar a la tía Antonieta, que frente a sus padres hacía como si nada. Y eso por contar algunas cosas que hicieron cuando eran Siri y Mateo, sin mencionar todas las que salieron mal cuando eran gata y perro.

Hasta que finalmente llegó la noche.

Como todas las noches, jugaron un juego de naipes entre todos, al que obviamente tampoco pusieron atención y perdieron estrepitosamente. El plan era que cuando ellos ya se hubieran ido a acostar y la tía estuviera sola con sus padres, les diría que estaba muy cansada. Como jugar naipes de a dos es muy aburrido, sus padres tendrían que ir a dormir y entonces, cuando hubiera pasado un rato, ella llamaría a sus puertas con tres golpes suaves. Ésa sería la señal.



Cuando los golpes sonaron en sus puertas, Siri y Mateo se levantaron emocionados, pero para ambos fue una frustración enorme ver a la tía y no a la bruja que esperaban.

—¿Están locos? —les dijo la tía—. No puedo permitir que sus padres me vean de bruja. Acompáñenme primero.

Y los llevó hasta el granero, donde había unas velas encendidas, pero la luz era apenas suficiente para distinguirse unos a otros.

Los niños estaban aterrados y hasta un poco arrepentidos.

Muy tía de ellos sería, pero no tenían idea de cómo se vería cuando fuera bruja. Pensaban que tal vez al ser bruja ya ni se acordaría de quiénes eran y de todos modos los convertiría en sapos.

—No tengan miedo —les dijo la tía, como si les leyera la mente—. No soy tan fea cuando soy bruja. Deben saber que el aspecto que tenemos cuando somos nuestra otra identidad depende, en realidad, de la fantasía de los demás. Seguramente Siri me verá distinta a como me verá Mateo. Así que piensen que no soy una bruja horrible, y no seré fea.

Y, en efecto, así fue. La tía Antonieta, al convertirse, se parecía bastante a sí misma, salvo que tenía el pelo más enredado y más largo y su ayudante era un gato negro de aspecto tan feroz que ni Mateo quiso perseguirlo ni a Siri le dieron ganas de hacerse amiga, pero no daba mucho susto. Tenía hasta la misma ropa.

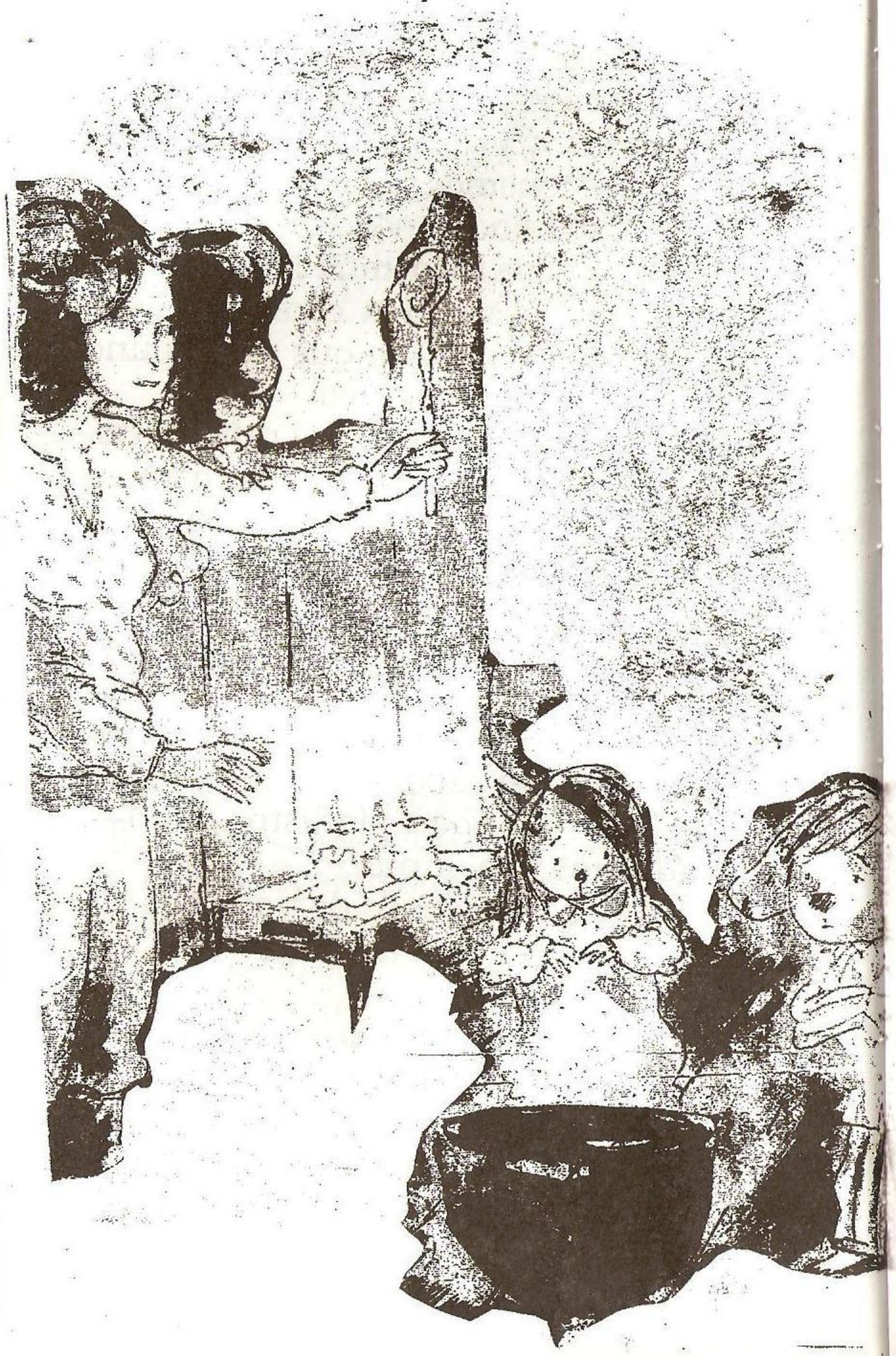
—Ya lo tengo todo listo —dijo—. Las pócimas y la varita.

Y sacó la cuchara de palo.

—¿Ésa es tu varita? —dijo Siri, decepcionada.

—Sí —dijo la tía—, y es muy poderosa. Tengan cuidado.

Las pócimas, dicho sea de paso, se parecían bastante a la leche con chocolate.



La bruja guardó silencio, concentradísima, y los niños se quedaron muy quietos mirándola con los ojos como platos.

—¡CITOPLASMA ENTEROBACTER! —gritó sorpresivamente la tía, y los niños casi salieron corriendo del susto.

—A ver, a ver —dijo Antonieta—. Para que esta cosa funcione, ustedes deben quedarse quietos, porque si no mi varita va a apuntar para cualquier lado y voy a terminar convirtiendo a Siri en una gata floja y a Mateo en un perro de aspecto feroz, y todo se va a poner mucho peor.

Los niños la miraban aterrorizados.

—Es que el grito fue muy terrorífico, tía, o sea señora bruja —dijo Siri.

—Bueno. Se van a tener que aguantar —dijo la tía. Como bruja tenía mucha menos paciencia que como tía.

Los niños se sentaron.

El caldero con la pócima, el que se parecía a la leche con chocolate, hacía borbotones espeluznantes. A la luz de las velas, las sombras se veían enormes y todo daba mucho miedo.

—Ahora voy a tener que preparar todo de nuevo —dijo Antonieta, y ante los ojos asombrados de los hermanos comenzó a hacer una especie de danza alrededor del caldero, diciendo palabras todavía más complicadas que *citoplasma enterobacter*. Sus pies pisaban las tablas viejas del granero y las hacían crujir. Unos murciélagos salieron inesperadamente del techo. Siri se agarró de Mateo como una lapa, y Mateo no dijo nada porque prefería tener pegada a Siri que estar solo, aunque trataba de hacerse el valiente.

El gato negro se lavaba las patas, pero parecía que estuviera tramando algo.

La tía sacó de su bolsillo unas migas y las echó al caldero mientras seguía pronunciando palabras extrañas y amenazadoras.

—Tengo miedo —musitó Siri al oído de Mateo, y ya le estaba pareciendo que la bruja era más fea que antes.

—¡CITOPLASMA ENTEROBACTER! —volvió a gritar la tía, y los niños se aguantaron el susto—. Ahora —dijo luego— deben beber de este brebaje.

—¿Y la varita? —dijo Siri.

—Eso es después.

Les dio a ambos un vaso del asqueroso brebaje del caldero.

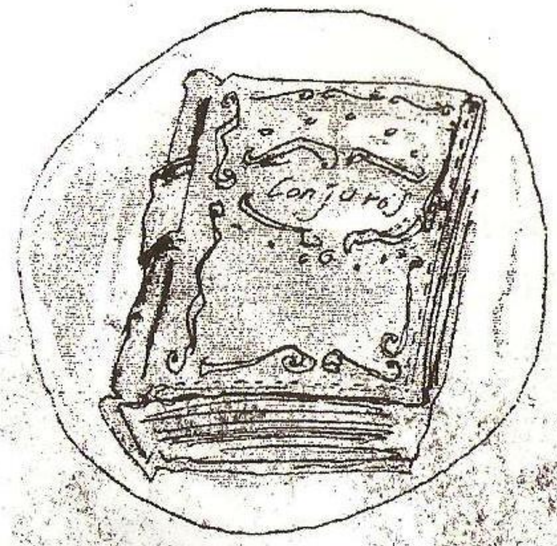
—No está tan malo —dijo Mateo.

—Silencio —dijo la tía—. Ahora tienen que estar quietos y separados, y ser perro y gata.

Siri se despegó de Mateo con un inaudible *miau*.

La bruja los miraba con una mueca aterrorizadora. Se volvió hacia Siri. Ella temblaba. Se escuchaba el castañeteo de sus dientes filudos.

—¡NEMATELMINTO EMPEDERNIDO! —gritó la bruja, moviendo su varita, pero gritó tan fuerte que Siri no pudo contenerse y con sus patas de gato saltó hasta Mateo. De modo que cuando la varita los apuntó, no estaban separados. Estaban juntos.



Nada había salido como esperaban porque Siri había sido incapaz de controlarse.

La bruja estaba boquiabierta mirándolos, con los brazos muertos a los costados y los ojos muy abiertos.

Mateo y Siri estaban abrazados e inmóviles, como si los hubiera convertido en estatuas de sal, y con los ojos todo lo contrario, muy cerrados, apretados hasta doler.

—Niños. Vuelvan a ser niños. Les dije que tenían que estar separados —dijo la bruja, medio bruja y medio tía, con un hilo de voz.

Los niños no querían ver qué había pasado. Tal vez uno de ellos se hubiera convertido en otra cosa, o los dos fueran, finalmente, sapos. Pero eso no era lo peor. Siri pensaba que hasta

podía haber quedado convertida en un ratón. Guácala.

—¿Y ahora qué? —dijo entonces Mateo, muy despacio, esperando lo peor, sin abrir los ojos.

—No sé —dijo Antonieta.

Y entonces ambos abrieron los ojos grandísimos.

—¿¡Qué!? —dijeron—. ¿Cómo que no sabes?

—No sé —repitió Antonieta—. El conjuro funcionaba si se mantenían separados. Como se juntaron, el conjuro no funcionó. Lo que no sé es en qué se transformaron.

Los niños se miraron uno al otro.

—Pero nos vemos iguales —dijo Siri.

—Afortunadamente sí —dijo la tía, y luego tragó saliva—, pero algo debe haber cambiado dentro de ustedes.

Los niños temblaron.

—¿Y cómo lo sabremos? —preguntó Mateo.

—Tengo que leerlo en mi libro —dijo la tía y, nerviosamente, salió del granero dejándolos solos.

A los niños les pareció que la tía se tardaba muchísimo rato. Las velas apenas alumbraban, el gato los miraba con desconfianza, los murciélagos entraban y salían, y aparte de eso no había ni un ruido. Ni siquiera uno pequeño. Ni un grillito enano. Siri y Mateo estuvieron todo ese tiempo abrazados sin pronunciar palabra, hasta que sintieron, muy cerca, la misma risa aterrorizadora de la tía-bruja, que una vez más les puso los pelos de punta.

Antonieta entró con un gran libro en las manos, abierto, y mientras iba leyendo se reía más y más. Mateo miró a Siri espantado, y se quedaron ahí quietos hasta que la tía dejó, poco a poco, de reír. Después la miraron como pidiendo una explicación, mientras pensaban que para que una bruja

lo encontrara tan gracioso tenía que ser algo muy, pero muy malo.

—¿Entonces? —dijo tímidamente Mateo.

—Véanlo ustedes mismos —dijo la tía—, ahora que serán perro y gata.

—Miau y guau —dijeron los niños.

Pero se quedaron esperando que algo raro pasara, y no pasaba nada. Antonieta los miraba como diciendo «¿ven?», pero ellos esperaban y esperaban y todo seguía igual.

—¿Miau? y ¿guau? —dijeron con cara de pregunta.

—Uf, qué lentos —dijo la bruja, y los transformó en niños de nuevo—. ¿No notaron nada raro?

—No —dijeron al unísono.

Y entonces la tía les leyó del libro: *Si durante un conjuro doble los conjurados estuvieran juntos, ambos conjuros se anularán y el resultado será que los dos conjurados quedarán embrujados entre ellos, pero de manera totalmente opuesta. Si entre ellos había amor, habrá odio. Si entre ellos había odio, habrá amor.*

—¿Qué? —dijo Mateo, espantado—. ¿Me voy a tener que casar con Siri?

—No, no, no —dijo la tía, ahora tía de nuevo—. Eran gata y perro, ¿recuerdan? Además, nunca has odiado a tu hermana... estamos hablando de sus naturalezas animales. Es decir, cómo explicarlo... como estaban juntos, ahora se parecerán más bien a... déjenme pensar en un buen ejemplo... ¡A Choclo y Codorniz! Eso. Serán como Choclo y Codorniz.

Y recién ahí los hermanos se dieron cuenta de que mientras eran perro y gata habían estado abrazados todo el tiempo, y Mateo ni siquiera había empezado a olisquear gato como hacía antes cuando se preparaba para perseguir a Siri.

Y entonces los tres rieron de buena gana, abrazados y saltando. El conjuro equivocado, al final, había resultado mejor que el verdadero.

Lo que queda por decir ya lo imaginarán.

Despedirse de Antonieta no fue fácil, y los padres de los niños tuvieron que prometer de rodillas que volverían cada verano, pero estaban tan agradecidos de lo que había hecho por sus hijos (aunque nunca sabrían qué fue), que habrían sido capaces de prometer cualquier cosa. Además, ellos también habían pasado unas vacaciones espectaculares y habían descansado muchísimo. Les llamó la atención cuánto les costó a los niños despedirse de Choclo y Codorniz, pero bueno, pensaron, los niños son así y se encariñan fácilmente con los animales. Después, Antonieta los abrazó a los dos, y ambos dijeron, despacito: «Gracias, tía-bruja». Ella les dio un beso gigante a cada uno y les

cerró un ojo, mientras les prometía que les mandaría cartas y los llamaría por teléfono.

Al llegar a su casa, sus padres tuvieron algo de miedo de que el cambio se hubiera debido a las vacaciones y no a otra cosa, y pensaron que todo podía volver a ser como antes, pero no fue así.

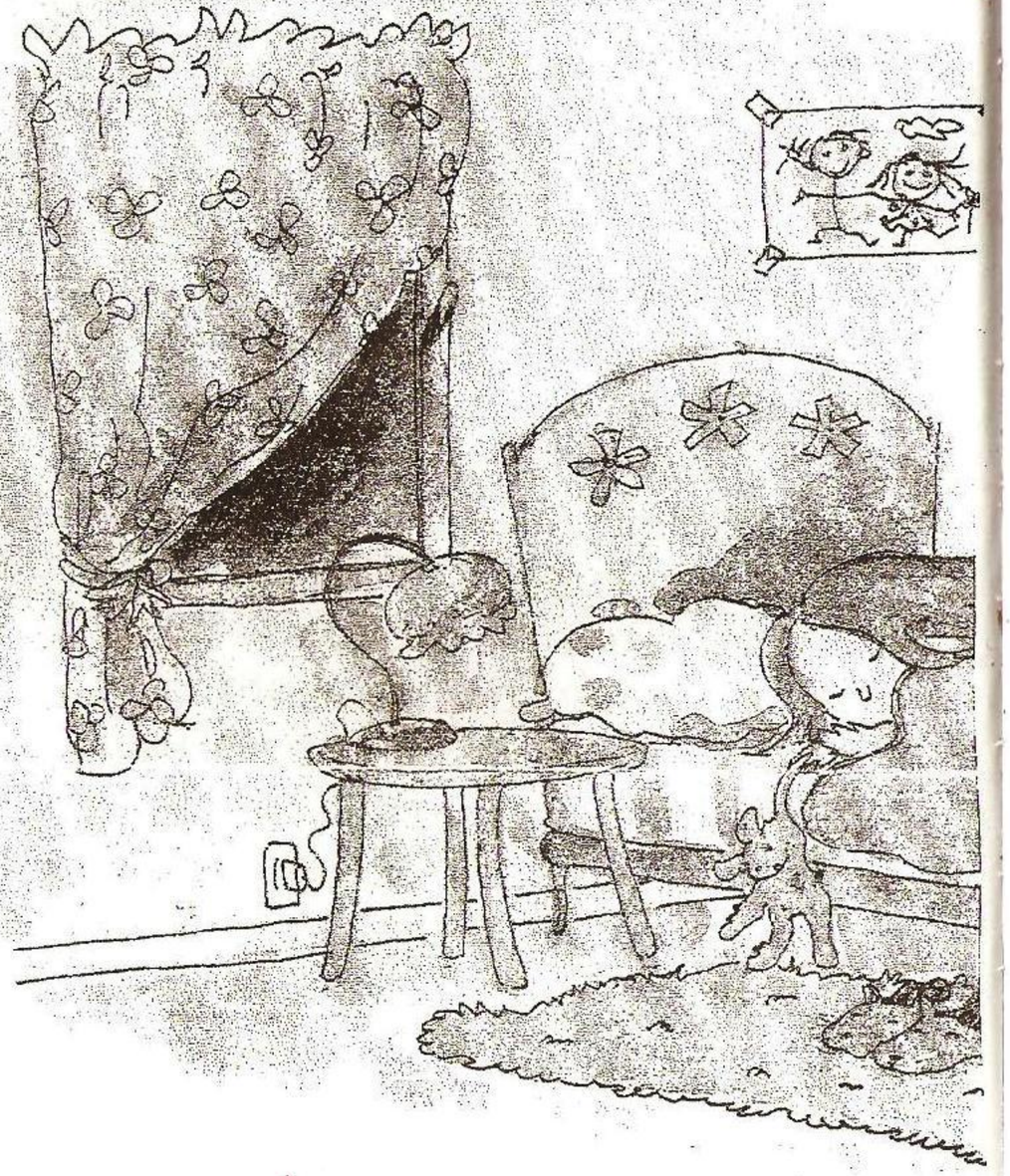
Cuando se quedaban solos, Mateo y Siri seguían siendo el mismo perro y la misma gata de siempre, sólo que ahora eran muy amigos, se extrañaban cuando no se veían y si se perseguían era sólo para jugar, igual que Choclo y Codorniz.

En consecuencia, pasaban las noches muy tranquilos y en el día eran dos niños normales: a veces un poco agitados, a veces flojos y a veces equilibrados, pero dos niños inteligentes, sanos y muy alegres.

Mateo dejó de estar condicional en el colegio y Siri nunca tuvo un problema de conducta, salvo las pequeñas cosas que les pasan a todos los niños.

Sólo había algunos asuntos algo extraños. Los juguetes seguían apare-

ciendo enterrados en el patio como por arte de magia. La colección de bolitas de cristal se desordenaba todavía a veces. Y algo nuevo: en más de una ocasión encontraron en la mañana a Mateo durmiendo a los pies de la cama de Siri o a Siri durmiendo enrollada en la almohada de la cama de Mateo.



Pero nada de eso inquietaba a sus padres. Ellos sabían lo que era tener problemas, y éstos no eran problemas. Eran simplemente cosas pequeñas de la vida, que no podían explicar, y que por lo tanto la hacían mucho más entretenida, como debe ser.

ANDREA MATURANA

Vive con su familia en Viña del Mar, Chile. Enseña en la universidad, hace talleres literarios y se dedica a traducir y a escribir cuentos para niños y adultos. En Alfaguara ha publicado *Eva y su Tan*; sus libros de cuentos para adultos *(Des) encuentros (des) esperados* y *No decir*, y su novela *El daño*.